

El Mejía Val Casa de las os Palmas

Textos narrativos de Manuel Mejía Vallejo

La selección se ha enmarcado en el planteamiento central elaborado por Juan Luis Mejía Arango en el texto que abre esta entrega de *Escritos desde la Sala*.

Como parte del homenaje de celebración del centenario de nacimiento de Manuel Mejía Vallejo, hemos querido reproducir algunos de sus relatos breves incluidos en sus libros *Las noches de la vigilia*, *Otras historias de Balandú*, y el comienzo de su novela *Tarde de verano*. La selección se ha enmarcado en el planteamiento central elaborado por Juan Luis Mejía Arango en el texto que abre esta entrega de *Escritos desde la Sala*, donde el autor ubica un giro notable en la obra del cuentista y novelista colombiano a partir de *Aire de tango* y de las obras que acabamos de mencionar: “El replanteamiento de la obra implica la creación de una geografía, un pueblo, un linaje y un nuevo lenguaje literario”.

Así, pues, y apenas como barrunto de ese salto en su obra, pues el espacio disponible en esta publicación no da para más –y sobre todo porque en últimas lo que pretende todo homenaje, y en particular el artículo de Mejía Arango, es incitar a una relectura íntegra de las obras señaladas como manifestaciones centrales de ese giro en su quehacer literario–,

en estas páginas ponemos en consideración tres relatos de *Las noches de la vigilia* y uno de *Otras historias de Balandú*, sin duda una segunda parte del anterior, y la primera página de *Tarde de verano*, obra que, para quien esto escribe, marca el punto de no regreso definitivo en su obra respecto a la anterior. En ella Mejía Vallejo “quema las naves” que le impedirán para siempre volver a los territorios explorados y agotados antes. Quien lea cualquier página de estos tres libros, comprenderá de inmediato que se encuentra en otro país literario que el de *Cielo cerrado*, *Cuentos de zona tórrida*, *Al pie de la ciudad* o *El día señalado*. En otra geografía, otra escala existencial, y fundamentalmente, en otra visión del mundo y la literatura, en otro lenguaje, un territorio literario donde, para empezar, las fronteras entre el cuento y el canto, la realidad y la imaginación, el sueño y la vigilia, han perdido toda rigidez de fronteras, transformándose mas bien en vasos comunicantes que entrecruzan sus caudales con natural y convincente credibilidad literaria.

Esa nueva órbita narrativa la percibe y señala con admiración y eficaz lucidez crítica Ernesto Volkening en el prólogo a *Las noches de la vigilia* (Biblioteca Básica Colombiana, Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1975), al que tituló significativamente “La metamorfosis de Manuel Mejía Vallejo”, y donde leemos planteamientos como los siguientes:

...A mi ver, este secreto de una existencia consagrada a la producción literaria reside en la capacidad regeneradora, en la facultad de cambiar de rumbo una vez que el escritor, habiendo agotado cuanto estuviera a su alcance en una primera fase de actividad creadora, se acerque al punto neurálgico, a una zona de peligro, de dudas, o de promesas difíciles de cumplir.

(...)

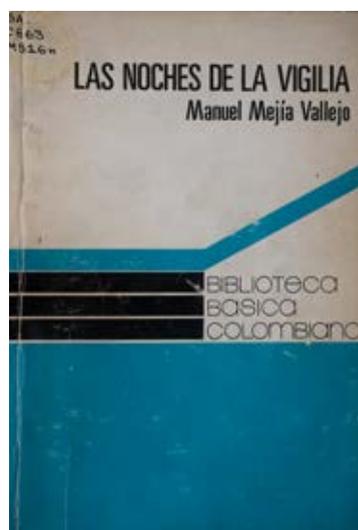
Aun así, no fue poca mi sorpresa cuando leí, algunos años ha, una primera versión de los cuentos que en este tomo se publican bajo el título *Las noches de la vigilia*, y creo que los lectores familiarizados con el recio verismo de una novela por el estilo de *El día señalado* o de los famosos *Cuentos de zona tórrida* experimentarán una situación similar. ¿Aquí qué pasó?, se pregunta uno perplejo al caer en la cuenta de la distancia casi astronómica entre éstos y los de la especie de “Ceniza de la noche”, “El puma ajeno”, “Páramo” o “El basilisco” (...)

... nuestra perplejidad no tardará en tornarse feliz asombro ante la metamorfosis observable en el caso de Mejía Vallejo. Después de haber conquistado con las armas del arte realista el mundo que lo rodeaba en un momento particularmente crítico de la historia de Colombia y su pueblo, consciente ya de la imposibilidad de decir cosa alguna que no hubiera dicho antes sobre

la violencia (...) superó en este libro de cuentos una fase de su vida de narrador que había dado cuanto pudo dar de sí (...)

... Lo que hizo en *Las noches de la vigilia* fue crear –no digo un mundo de su propia invención, pues que tales eventos e imágenes no se inventan, se recuerdan– sino un microcosmos que refleja otro universo más vasto, más inescrutable y tan misterioso como el sonido oscuro y nostálgico de la u final de Balandú. Ignoro si en Antioquia existe algo parecido a ese pueblo acurrucado al pie de la cordillera, a ese “cansancio en madera y piedra”, y a la casa de las dos palmas con sus “aires de encierro”, o si habremos de buscarlo en otro mapa, ajeno a nuestra geografía, trazado bajo más extrañas constelaciones por un cartógrafo de tierras y mares de ensueño (...) Los espejismos de Mejía Vallejo nada tienen de falaz o ilusorio; son entes metafísicos, y como tales poseen su propia verdad inefable (...) un mundo situado en la tierra limítrofe entre la vigilia y el sueño”.

Reflexiones de Ernesto Volkening que se dan la mano con las del autor en la breve Introducción de esa primera edición en 1975, a la que cierra con estas palabras: “Estas son las primeras historias de Balandú, pueblo en vía de sueño”.



Otra manera de morir 1

O si uno pudiera irse de la vida como de un pueblo... Recorrer la calle de salida sin volver la cara, encoger los ojos, respirar, tapar un recuerdo, acostumbrarse a la huida. Porque debe haber otra manera de morir.

O abandonar la vida como quien abandona una casa; dejar que avancen los pasos, echar una ojeada a los objetos que en algo nos modificaron, recibir por última vez el aire de las habitaciones, y salir para entrar en ese afuera, donde llega la última fuga.

(*Las noches de la vigilia*, pág. 28).

Los cazadores

Fue en las altas colinas. El hombre tendía los brazos y disparaba el grito cuando cruzaban las grandes aves del llano. Así cazaba pájaros migratorios. Después vi otros como él, silenciosos porque toda su fuerza se concentraba en la caza de las alas de paso. Muchas aves caían atravesadas por el grito de los hombres.

Fue en las altas colinas de Balandú. Encaramarse a las rocas y a los muñones de árbol para avisorar altura fue dándoles conformación de grandes animales de rapiña, certero el ojo redondo, dura la boca tensa, afilado el grito cazador. Hasta el movimiento de brazos tenía algo de aletazo para la agresión o la defensa.

Fue en aquellas colinas, donde el viento hacía que las aves volaran como remando contra la torrentera. Las mujeres se agachaban contenidas para hacer más certero el grito cazador de sus varones: voces con agudez de flecha, de vientos arremolinados que zumbaban en los nubarrones como si se hirieran contra la desolación de invisibles peñascos.

Fue en las altas colinas, donde suelen enloquecer los vientos, y en el viento los pájaros, y bajo viento y pájaros, los hombres.

Ya nadie recuerda la tribu de cazadores alucinados.

(Las noches de la vigilia, pág. 27).

Regreso

Había unas estrellas...

–Las cambiaron de sitio. El monte sigue allí.

Antes era hermoso trepar al monte y ver pasar bandadas de horas, blancas en verano, grises en invierno, con lluvia en las plumas, con luz en las alas. Algunas noches se venían oscuras, nos daba temor su aleteo implacable, Cuando íbamos al monte era distinto.

–Allá asoman.

–Véanlas sobre los farallones.

Como ráfagas, como vientosaves, como nubes, como ondas de ríos aéreos. Cuando nos acostumbábamos a su paso, olvidábamos eso de esperar las horas; simplemente, alguien decía:

–Allá pasan,

y las mirábamos tranquilamente y recogíamos nuestras cosas; porque detrás de ellas iba quedando la oscuridad, si era tarde, cuando pasaban rumbo al crepúsculo, o la luz, si aparecían por el lado del alba.

–Deben llevar otro rumbo.

Ahora las horas son más lentas, parece que todo se cansa o envejece. ¡Han cambiado tanto los crepúsculos!



La sombra

La sombra asomó primero por un rincón de la montaña; venía casi diluida en la luz que todavía retozaba en el cielo, tras las alas de los pájaros últimos.

–Soy un cansancio de la luz, nada más –dijo, y detuvo su paso levemente.

–No, eres mi descanso –hubiera respondido la luz, de haberla escuchado.

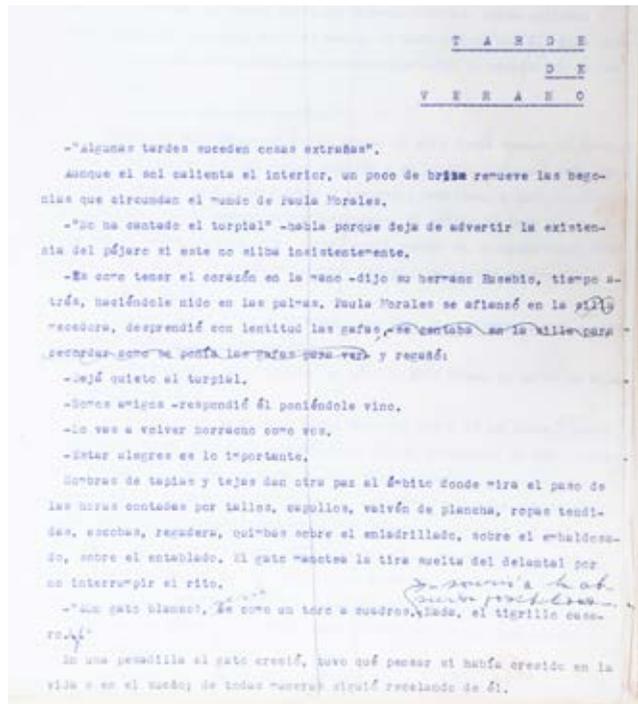
Como sombra de muchas alas se fue acercando la sombra; así formó un arroyo oscurecido encima de los arroyos blancos en la montaña, así se metió en los árboles, así fue acercándose a mi sitio: llegó calladamente, porque la sombra también es silencio y paz.

–Reposa tranquila.

Cerré los ojos para que se sintiera en su casa, dejé un momento los párpados así cerrados y quietos para no hacerle bulla.

Cuando los abrí se había acomodado en mis rincones, amiga de la buena soledad. Allí la miré sosegada. Como un buen perro invisible la sombra, cerca de mi visión.

(Del libro *Otras Historias de Balandú*).



Tarde de verano

–Algunas tardes suceden cosas extrañas.

Aunque el sol calienta, un poco de brisa remueve las begonias que circundan el mundo de Paula Morales.

–No ha cantado el turpial” –habla porque deja de advertir la existencia del pájaro si éste no silba insistentemente.

–Es como tener el corazón en la mano –dijo su hermano Eusebio tiempo atrás, haciéndole nido en las palmas. Ella se afianzó en la mecedora, desprendió con lentitud las gafas y regañó:

–Dejá quieto al turpial.

–Somos amigos – respondió él poniéndole vino.

–Lo vas a volver borracho como vos.

–Estar alegre es lo importante.

Sombras de tapias y tejas dan otra paz al ámbito donde mira el paso de las horas contadas por tallos, capullos, vaivén de plancha, ropas tendidas, escobas, regadera, quimbas sobre el enladrillado, sobre el entablado. El gato manotea la tira suelta del delantal por no interrumpir el rito.

–¿Un gato blanco?, sería como un toro a cuadros –sonrió a la posibilidad–. Nada, el tigrillo casero.

En una pesadilla el gato creció, tuvo que pensar si había crecido en la vida o en el sueño.

–Nadie sabe a qué atenerse con estos animales.

Poesía

Fieles a la amplitud de criterio de nuestro compás convocador en materia de poesía, en estas páginas de Escritos desde la Sala hemos incluido poetas vivos y muertos, vigentes y olvidados, ampliamente reconocidos y no, de largo recorrido en el oficio o aún en lo que pudiéramos llamar primeras etapas de la tarea común: ahondar la existencia, renovar el mundo desde la originalidad y sinceridad de la imagen.

Al lado de las décimas de Manuel Mejía Vallejo, quien cumplirá su primer centenario de nacimiento en 2023, un soneto de Meira del Mar (de centenario en este 2022: Barranquilla, 1922 – Barranquilla, 2009). Aunque no antioqueña, ¿cómo callar el centenario de Meira? Epifanio Mejía, más mencionado que leído, hace presencia con la sorpresa de un poema que es un auténtico rescate, junto con la voz nueva de Wilson Pérez (5 poemarios). Elkin Restrepo (colaborador de esta publicación en varias entregas), celebrado poeta, cuentista y editor en ejercicio, comparte estas páginas con el abscóndito poeta y cronista envigadeño Hernando Garcés Uribe, también de centenario (Envigado, marzo de 1922), de escasa producción bibliográfica pero abundante en la dispersión de revistas y periódicos, y apenas conocido en el irregular damero de las calles envigadeñas de los años 50 – 80 del siglo XX, entre obreros y empleados de las fábricas que conformaron la empresa Coltejer, en Medellín, Envigado e Itagüí, y algunos lectores más allá de estos ámbitos. Poemas de Claudia Ivonne Giraldo y Luis Fernando Macías, reconocidos en el medio como poetas y autores en otros géneros literarios, amén de directores de fondos editoriales, por encima de las barreras del tiempo y de las diferencias que hemos señalado, arriman el hombro en esta ocasión a nuestro capítulo poético.

El editor

Estudios de la naturaleza

Elkin Restrepo

Anoche el búho arrimó a bañarse en el agua
del bebedero. Primero voló a una rama caída
y allí estuvo pensándolo,
como se piensa un aforismo o un poema,
atraído pero cauto, dubitativo en su razón.
En el oscuro jardín,
su plumaje blanco era ya el inicio
del poema que quería escribir,
así lo pensaba, observándolo desde la ventana.
Un poema escrito entre ambos,
del cual él era el motivo.
Pero, quieta, cavilando,
un ave puede pasar la eternidad entera,
y ésta no parecía ser la excepción.
La eternidad que para un mortal
dura apenas un breve instante.

Elkin Restrepo. Poeta. Narrador. Editor. Premio Nacional de Poesía Vanguardia, El Siglo, 1968. Fue fundador y director de las revistas Acuarimántima, Poesía, Deshora y Odradek, el cuento. Ex director de la Revista Universidad de Antioquia. Profesor Titular de la Universidad de Antioquia. Creador de la Colección Celeste y de la Colección de Poesía, de la Editorial de la Universidad de Antioquia. Ha publicado entre otros los siguientes libros de poesía: Las palabras sin reino (1982), Retrato de artistas (1983), Absorto escuchando el cercano canto de las sirenas (1985), Lo que trae el día (2000), Objetos figurados en un paisaje a solas (poemas y dibujos, 2009), Como en tierra salvaje un vaso griego (Sevilla, España, 2012), Poeta de provincia (Antología, 2010) y Poemas griegos (selección bilingüe, español y griego, Atenas, 2014). Estos son algunos de sus libros de relatos: Fábulas (1991), Sueños (1993), El falso inquilino (2000), La orfandad de Telémaco (2011) y Cuentos (Selección, 2016).

La gran batalla

En sentido estricto la negación del mal es posible:

las parejas de oposición son causa originaria del movimiento y el movimiento es condición para el ascenso.

La dinámica halla una imagen en el péndulo, pero su proceder celebra el misterio de los órdenes.

En el orden material, el combate es una vulgar mezcla de cuerpos

en el espectro que cubre desde el dolor hasta el éxtasis.

Sus consecuencias extremas son la muerte o la continuidad.

Un orden más allá se resume en el retorno del silencio o en el eterno retorno.

En el segundo orden la reina es la conciencia,

su lucha es por alcanzar la luz que derrama sobre los fenómenos el engendro limitado de la comprensión:

Razones, falacias son los frutos del segundo orden.

Todo lo demás es vago incierto, especulación de los mercaderes.

¿Cómo ofrecerte la cosecha de mi paraíso, si en el gran combate todo se vuelve agua entre mis manos?

Luis Fernando Macías (Medellín, 1957). Profesor de la Universidad de Antioquia. Narrador, poeta, ensayista, autor de libros para niños. Editor. Ha sido director de la revista Universidad de Antioquia y codirector de las revistas Poesía y Esteros. Entre sus obras podemos destacar las novelas *Amada está lavando*, *Ganzúa*, *Eugenia en la sombra* y *Las muertes de Jung*; los poemarios *La línea del tiempo*, *El jardín del origen*, *El libro de las paradojas*, *Memoria del pez* (compilación: 1977 – 2017) y *Todas las palabras reunidas consiguen el silencio* (antología bilingüe), y los siguientes libros de ensayo: *Glosario de referencias léxicas y culturales en la obra de León de Greiff*, *El pensamiento estético en las obras de Fernando González* y *El juego como método para la enseñanza de la literatura a niños y jóvenes*.

Mientras la muerte llega

Hernando Garcés Uribe

Se nos están muriendo los amigos,
en forma repentina
y en una sucesión irremediable:
José Manuel, Fernando,
Ignacio, Hernán, Alfonso,
por mencionar tan sólo
los últimos caídos
en este mes fatídico.

Todos se han ido envueltos
en una densa niebla
de alcohol e inconsciencia.
Dicen las malas lenguas
que se desgranando la mazorca,
que la guadaña tiene
su lista preparada,
y que varios bohemios
dizque estamos en turno.
¡Pues que venga la muerte
si es que llegó la hora
Yo no le tengo miedo...!

Lo mismo da morir Jueves o Martes,
o Viernes o Domingo,
morir en Envigado o en Paravandocito,
Charles Baudelaire y Paul Verlaine,
Arthur Rimbaud y Stéphane Mallarmé

y nuestro inmenso Barba Jacob, que dijo:

“¡Compensé mi dolor con mi locura,

y nadie ha sido más feliz que yo!”

Todos ellos fueron clientes asiduos

De manicomios y hospitales,

genios hipersensibles,

alucinados y psicópatas,

demonios que pensaban como dioses.

Cuando Gabriel D’Annunzio

escribió *El triunfo de la muerte*

muchos se suicidaron

al leer este libro prohibido.

Porque la muerte es un reposo,

es la paz sin estorbos,

el viaje sin retorno

y el descanso sin fin.

Mientras la muerte llega,

yo esperaré tranquilo.

Hace ya muchos años que dije en un poema,

cuando vivía esclavo de métrica y de rima:

“¡Envigado, Envigado!, tierra amada,

donde yo vi la luz por vez primera,

tú guardarás mis huesos cuando caiga,

tú beberás mi sangre cuando muera...”.

en París o en Bagdad.

Lo mismo da morir hoy o mañana,

en un mullido lecho

o en una dura acera,
como el pobre Henaíto.
Lo mismo da morir de cáncer o suicidio,
de inteligencia y alcohol
o fallecer prosaicamente
de una disentería.

Es lo mismo morir recién nacido
o morir de cien años.

La muerte ronda por los ancianatos
igual que ronda por las salas-cunas.
¡La muerte siempre será la misma,
y es lo único seguro que los hombres tenemos!

Mientras la muerte llega,
yo seguiré pegado a los tableros,
llenando mis pulmones del polvo de la tiza.
Y seguiré en los bares y tertulias,
compartiendo con amigos dilectos
ensueños y esperanzas.
Y seguiré leyendo y releendo
los Poetas Malditos:
Por eso cuando llegue la hora,
que me siembren bien hondo
en la benigna tierra,
para que mi cadáver
hecho polvo y ceniza,
sirva de abono fértil
a un rosal florecido.

Que nos esperen los amigos
que emprendieron el viaje sin regreso,
y que ya descifraron
la incógnita terrible.
¡La muerte siempre será la misma,
y es lo único seguro que los hombres tenemos!
“¡Nacer no es otra cosa que empezar a morir...!”.

Hernando Garcés Uribe (Envigado, marzo de 1922 – Envigado, abril de 1997). Maestro de la Normal de Varones. Ejerció el magisterio en varias instituciones educativas de su pueblo natal; director de la Escuela Fernando González entre 1950 y 1954 y profesor en el Instituto Obrero de la empresa textil Rosellón. Poeta, historiador, cronista. Colaboró en los periódicos envigadeños La Ceiba, La Opinión y Expresión; en el semanario Lanzadera, de Coltejer, entre los años 1950 y 1956, y en la revista del Centro de Historia de Envigado. Libros publicados: El amor junto al llanto (dos ediciones: 1948 y 1987).

Del bosque

Duermes con los pies sueltos,
Los dedos de las manos buscan en el aire
Hilos de telaraña.
Y te acurrucas cerca
de la maravilla.

El tiempo afuera gruñe como el lobo.
Viene a buscarte, furioso,
La casa resiste
Respira en calma.

Te llaman te gritan
No respondas
Quédate en silencio.
Tu pelo crece larguísimo
Se interna en la tierra, raíces,
Tallitos crecen en la cama,
Hojas de todos los tonos de verde,
libélulas, las hojas emprenden el vuelo
Tornasoladas
Asoladas
Solás.

Recitan palabras sagradas.

Como abuelas que vienen
de visita, traen regalos.

Abren un antiguo postigo, miras el bosque.

Imposible decir su hermosura.

Imposible no escuchar los huesos
de las abuelas: crujen anunciando la lluvia.

La lluvia caerá toda la noche.

Claudia Ivonne Giraldo Gómez (Medellín). Estudió Filosofía y Letras en la Universidad Pontificia Bolivariana y una especialización en Literatura Latinoamericana de la Universidad de Medellín. Directora de talleres de escritura creativa, profesora universitaria, editora independiente. Fue codirectora de la revista *Odradek*, el cuento, y cofundadora de la Colección Madremonje, de Hombre Nuevo Editores. En 2007 publicó una colección de cuentos, *El hijo del dragón*, en esa misma colección. Con la novela *El cuarto secreto* obtuvo en 2007 la Beca de Creación Literaria Ciudad de Medellín. Actualmente se desempeña como jefe de la Editorial EAFIT, y dirige, junto con Elkin Restrepo y Male Restrepo, la revista PEP+arte y la Editorial PEP.

Consolación N.º 4 en D mayor

—Franz Liszt—

Hablar poco. Hablar lo suficiente en un corto tiempo. Hablar en un ritmo que no contemple el hablar por el hablar. Decir “acá está la mano en la mesa” o “los besos son sabores compartidos”. Decir y callar. Hablar poco, tal vez con palabras gestuales, esas que acercan toda expresividad a la sensación receptiva de un “estoy aquí”. Hablar con palabras hechas de piel, dejar que transiten los rostros entre la mirada que se agrieta; hay en ella un abismo donde todo se recobra y donde todo se pierde. Es ahí donde está lo dicho, lo que no podemos obviar. Ahí la aceptada condena de un silencio que nos conduce a la respiración de un decir callado. Y al fin, ser eso, un fuego musical donde podemos arder mientras nos vamos despidiendo de los rostros ideados, de las formas habituales del vivir, de las escenas donde creímos ver los pliegues exactos del mundo en la seguridad de las palabras.

De: *Movimientos* (Editorial Universidad de Antioquia, 2018)

Wilson Pérez Uribe (Colombia, 1992)

Escribe poesía y ensayo. Licenciado en Literatura y Lengua Castellana de la Universidad de Antioquia. Algunas de sus obras son: *El amor y la eterna sinfonía del mar* (Hombre Nuevo Editores, 2011); *Movimientos* (Editorial Universidad de Antioquia, 2018); *Libro de la mirada* (Pre-Textos, 2020); *Interior con luz solar* (Editorial Universidad de Antioquia, 2021); *Estudio de las pérdidas* (Pre-Textos, 2022).

Un canto salvaje¹

(Un viaje de nosotros)

A Teresita y a Hersilia Mejía y a Ricardo Rodríguez

Murió Lorenzo ... y Alí...

sin duda debo llorar...

¿Dónde volveré a encontrar

bien como aquél que perdí...?

¿Me pides unos versos para el montaje

de ese viaje que hicimos ferrocarril?

Y yo por complacerte con mi equipaje...

Pedro Bernal te llamas... yo soy Alí.

Fuimos en coche negro por esas calles...

Si quieres más detalles los voy a dar...

Llegamos a la casa de Teresita.

¿Por qué te dijo Anita, Pedro Bernal?

1. Esta valiosa rareza se publica por cortesía de Mauricio Restrepo Gil, quien lo encontró por azar en sus búsquedas bibliográficas sobre otros temas y nos lo remitió para que consideráramos su publicación, propuesta a la que agregé la siguiente nota: "El padre Félix Restrepo, su biógrafo y compilador, escribió al margen de este poema: "El ferrocarril de Amagá se inauguró en Medellín el 15 de abril de 1911. Por esos días, el director del manicomio, donde se hallaba internado Epifanio desde hacía décadas, don Pedro Bernal con otros amigos, llevaron a Epifanio a un paseo en el ferrocarril. Hay que tener en cuenta que era la primera vez que se veía un ferrocarril en el Valle de Aburrá y la primera y única vez en la vida que viajó en tren el poeta. Al volver al manicomio compuso estos versos que publicó El Espectador, de Medellín, y que hemos hallado también en una copia antigua, aunque no de letra de Epifanio".

Me dieron chocolate con pandetrigo...
Yo no soy don Rodrigo... Soy algo más...
El látigo sonaba como en el coche...
¡Las once de la noche...! ¿Por dónde va?
Como pobres viajeros por un camino...
¿Qué fue nuestro destino..,? ¿Nuestra ilusión...?
Como dos compañeros que van de paso...
Recibe pues mi abrazo... ¿Qué pienso yo...?

Como dos peregrinos de tristes sombras...
Si te nombro... y me nombras... dime, ¿quién soy?
Como pobres viajeros de esos caminos...
Como dos peregrinos de triste Sión...

¡Las once de la noche...! ¡Digo Dios mío...!
A lo lejos el río del Aburrá...
¡Si estaba el sol tan claro como este cielo
que cobija el desvelo de la orfandad..!
¡Yo que soy en mi tierra yarumaleño...!
A veces con empeño... Yo busco ¿qué?
¿Llegamos...? ¡No llegamos...! A ver el humo...
¡De ese eterno consumo que no es café...!

¡Candela que retuerce carbón de piedra...!
¡Yo me fui como yedra... cual triste flor...!
¡Y tú sin esperanza... mi pobre amigo...!
Si no soy don Rodrigo.., dime, ¿quién soy...?

¿Después...? En una copa tomé cerveza...

¡Entre tanta maleza... solos tú y yo...!

El látigo sonaba como en el coche...

Las once de la noche... ¡Ay, Pedro...! ¡Adiós...!



La hoguera

Esta es, amor, la rosa que me diste
el día en que los dioses nos hablaron.
Las palabras ardieron y callaron.
La rosa a la ceniza se resiste.

Todavía las horas me revisten
de su fiel esplendor. Que no tocaron
de su cuerpo las tormentas que asolaron
mi mundo y todo cuanto en él existe.

Si cruzas otra vez junto a mi vida,
hallará tu mirada sorprendida
una hoguera de extraño poderío.

Será la rosa que morir no sabe,
y que al paso del tiempo ya no cabe
con su fulgor dentro del pecho mío.

Meira del Mar (Barranquilla, 21 de agosto de 1922 – Barranquilla, 20 de marzo de 2009). Miembro de la Academia Colombiana de la Lengua desde 1989, directora de la Biblioteca Departamental del Atlántico. Autora de siete poemarios y de dos antologías de su obra poética, títulos entre los que citamos: *Sitio del amor* (1944), *Secreta isla* (1951), *Huésped sin sombra* (1971), *Alguien pasa* (1998) y *Viaje al Ayer* (2003).